

La excomunión del filósofo holandés Baruch Spinoza

Pedro A. Barboza de la Torre
Instituto de Filosofía del Derecho
“Dr. José M. Delgado Ocando”
Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas
Universidad del Zulia
Maracaibo - Venezuela

Resumen

Baruch Spinoza vivió en el siglo XVII (1622-1677). Nació en Amsterdam, Holanda, de familia española de judíos sefarditas emigrados; pulidor de lentes y estudioso de la Filosofía, singularmente independiente y por ello, indeseable para la Sinagoga. Rechazó la cátedra que le ofreció la Universidad de Heidelberg. Fue una de las tres figuras más brillantes del racionalismo filosófico de su centuria. Su rebeldía lo llevó a publicar su mejor obra, intitulada “*Ethica Ordine Geométrica Demonstrata*”, redactada con la técnica propia de las matemáticas. Considerada como una interesante confesión del monismo panteísta, por sostener que el Ser Supremo no es otra cosa que “la sustancia que lo constituye todo hasta confundirse y confundir a los mitológicos que llaman a la Naturaleza con el nombre de Dios y es un ser **infinito**”.

Palabras clave: Naturaleza, Dios, No hay Dios sobrenatural.

The Excommunication of Dutch Philosopher Baruch Spinoza

Abstract

Baruch Spinoza lived in the XVIII century (1622-1677). He was born in Amsterdam, Holland, of a Spanish family of sefardi Jewish immigrants. He was an eyeglass polisher and student of philosophy. He was extremely independent and therefore, unsuited for the Synagogue. He rejected an offer to teach at the University of Heiderlberg. He was one of the three brilliant figures of philosophical rationalism in that century. His rebelliousness led him to publish his best work entitled "*Ethica Ordine Geometrica Demonstrata*", using techniques characteristic of mathematics. It was considered as an interesting confession of pantheist monism, because it sustained that the supreme being is nothing but "the substance that constitutes all things, confusing itself and confusing the mythologists that give nature the name God, an infinite being".

Key words: Nature, God, the non-existence of a supernatural God.

- I. El filósofo holandés Baruch Spinoza, miembro de una familia hebrea, era un gran admirador de la cultura latina, que estudió bien después de aprender el latín, considerado el idioma científico. Estudió mucho los Evangelios y conoció cumplidamente lo enseñado por Sócrates, Platón, Aristóteles, Demócrito, Epicuro y Lucrecio. Estudió también al famoso disidente Giordano Bruno, el rebelde italiano quemado en la hoguera por la Santa Inquisición. Estas lecturas lo llevaron a sostener que espíritu y materia es lo mismo, que el Dios judeo-cristiano y la realidad son una misma cosa, y que cada corpúsculo de la realidad es un compuesto donde no se pueden separar ni distinguir lo físico y lo psíquico. Hay que tratar de

percibir la unidad de la diversidad; hallar la síntesis en que los compuestos y las contradicciones se encuentran y confunden. Con la filosofía es posible elevarse **al más alto conocimiento de la unidad universal**, “que es el equivalente intelectual del amor de Dios”. Este amor es el llamado en la Iglesia Católica “providencia”.

Según tales ideas, la filosofía y no la “fe”, es lo que puede ayudar a comprender a Dios, que no es fácilmente comprensible solamente con la fe.

Spinoza estaba ya influenciado por el prestigioso filósofo René Descartes (1596–1650), reconocida autoridad de la tradición subjetiva e idealista en la Filosofía Moderna. Descartes enseñó que el espíritu humano **se conoce más inmediata y directamente**, que lo que puede conocer de cualquiera otra cosa cognoscible, sólo por lo que la sensación y la percepción imprimen en la mente; por lo tanto, todo conocimiento debe comenzar por el estudio del “yo”. Por esto, su famosa frase “*cogito, ergo sum*” (pienso, luego existo). A partir de esta enseñanza surgió una lucha donde participaron Leibniz, Locke, Berkeley, Hume y Kant. Lucha que facilitó comprender la evolución astronómica y geológica; pero no contribuyó a entender los procesos mentales.

Todo el Universo y todos los cuerpos que están en él, son máquinas; pero, fuera del mundo está Dios, y dentro del cuerpo humano está “el alma espiritual”. Spinoza compartió este pensamiento de Descartes; pero, fue más lejos. Contaba sólo 24 años de edad, y la Sinagoga lo llamó a comparecer ante las autoridades judías de la Sinagoga, acusado de herejía.

Los hebreos de la Sinagoga le preguntaban por qué se había apartado de la revelación hebrea y afirmado que Javeh (Jehová) tenía un cuerpo que era el mundo material, que los ángeles eran puras alucinaciones y que el Antiguo Testamento nada decía de la inmortalidad.

Spinoza contestó, estar dispuesto a mantener en público sus ideas; se negó a mantener en secreto sus opiniones, que obedieron al ejercicio de su derecho a la libertad de conciencia inalienable. Acusó de inútil al aparato litúrgico para demandarle obediencia a creencias ancestrales. Contra Spinoza se dejaron oír maldiciones, y el 27 de julio de 1656, fue excomulgado por la Iglesia Hebrea de Ámsterdam. ¿Su falta? Haber dejado de creer en la revelación y el contrato hecho por Jehová a su “pueblo preferido”. Los católicos y protestantes de Holanda aplaudieron la excomunión de Spinoza, para que dicha excomunión contase con mayor número de creyentes. Los hebreos de Holanda eran pocos.

El gran Rabino Mananschben, Jefe de la Sinagoga, se hallaba ausente, en Londres; pero ello no impidió la excomunión de Spinoza, quien la acogió tranquilo y comentó: “Esto no me obliga a nada, que yo no habría hecho, en todo caso”. Es posible que íntimamente sufriese; porque para un hebreo, debido a su estructura social, es muy dolorosa la excomunión, que separa al individuo de su pueblo. Spinoza era preceptor y lo continuó haciendo y puliendo lentes ópticos.

Este valiente hombre vivió siempre muy pobre, con una gran convicción. Eso es lo que se denomina un “hombre auténtico”. Alguien que se compadeció de la “desgracia” impuesta a Spinoza, le sugirió hacer un esfuerzo “para creer lo que lo demás creían”, y el filósofo le respondió: “aunque alguna vez pensara que mi razonamiento es puramente quimérico, no dejaría de sentirme tan feliz como ahora; porque la razón me hace más feliz y paso mis días sin pena, en paz, serenidad y alegría”.

Un antiguo alumno suyo, Alberto Burgh, que se había convertido al catolicismo, le preguntó en una carta: “¿Cómo sabéis que vuestra filosofía es la mejor de todas las que han sido enseñadas en el mundo, son enseñadas ahora, o lo serán en el porvenir? ¿Habéis examinado todas aquellas filosofías

antiguas y modernas que han sido enseñadas aquí, en la India, y el mundo exterior? ¿Cómo sabéis que habéis escogido la mejor?”.

Spinoza sonrió y esa misma noche le escribió a su amigo, de este modo: “Veo que habéis encontrado la mejor religión; mejor dicho, los mejores maestros y en ellos apoyáis vuestra credulidad. ¿Cómo sabéis que son ellos los mejores entre todos los que han enseñado las religiones, o las enseñan ahora, o las enseñarán en el porvenir? ¿Habéis examinado todas esas religiones antiguas y modernas que son enseñadas aquí, y en la India y el mundo entero? Y aún suponiendo que las hayáis examinado debidamente, ¿Cómo sabéis que habéis escogido la mejor?”.

Expresó por escrito Spinoza: “Entiendo por Dios el ente absolutamente infinito; es decir, la substancia que consta de un número infinito de atributos, cada uno de los cuales expresa una esencialidad eterna e infinita.

Tal expresión, conocida como “Spinozismo”, hasta fines del siglo XVIII fue vista con horror y condena, y a su autor se le tildó de ateo”. Se odió a Baruch Spinoza igual que se odió a Hobbes; pero Hobbes fue idealista que no pudo compararse con el hebreo. Para Hobbes, el “espíritu” no es sino una función de la materia organizada, y el hombre no tiene la necesidad de apelar al concepto de Dios. Actualmente, no se combate tanto a Spinoza, debido a que éste, llegó a ser, después de Kant, el gran teorizante del “idealismo”, especialmente después de Hegel; porque el concepto spinozista de “substancia” se aproximó mucho al de “personalidad absoluta”.

Algunos críticos de Spinoza afirman, cosa que no ha sido aceptado, que en Spinoza hubo el afán de convertir la “religión” en ciencia.

- II. Spinoza estuvo influido por René Descartes (1596-1650) considera él el padre de la tradición subjetiva e idealista de la moderna filosofía. Prestó la mayor atención al estudio de

la conciencia y afirmó que el espíritu tiene la facultad de identificar y autoconocerse a través de sus atributos fundamentales.

Descartes se consagró al tema de la Epistemología, que estudia el origen, la naturaleza y la validez del conocimiento. Algunos la llamaron “la lógica de las ciencias”; pero eso no atrajo a Spinoza, que prefirió interesarse en el problema del Universo, no en la explicación de Dios o del alma. Otros filósofos resultaron cartesianos, como Bacon, Voltaire y Hume. El pensamiento de Descartes, así resultó una parte muy poderosa de la cultura humana.

En el siglo XVIII, la centuria del racionalismo, Descartes, con Hobbes, Spinoza, Leibniz y Pascal, formaron el quinteto filosófico dominante, hecho por sí mismo importante, porque la Filosofía de la época era el resultado de ideas fragmentarias de pensadores separados. Descartes, como otros, supo distinguir y separar a Dios de Jesús, convencido de que se conciben mucho más fácilmente las cosas de la Naturaleza física, cuando se las considera únicamente como producidas llegando gradualmente a su existencia. Es “obtener un conocimiento cuya verdad es cierta antes de toda experiencia”. Si algún adversario preguntase ¿Por qué todos no logran tal conocimiento?, Emmanuel Kant explica: “Debemos saber tal conocimiento y podemos alcanzarlo con la razón, cuando todo el material y el apoyo de la experiencia se encuentran suprimidos”.

Kant explicó, que la “intuición” es el conocimiento que nos pertenece por la naturalezas inherente y la estructura psíquica de nuestra alma espiritual.

Siguiendo a Kant, las verdades absolutas necesarias que obtenemos por la Razón Pura, adquieren su carácter de la propia estructura del espíritu humano, de la manera natural e inevitable como nuestro espíritu debe funcionar, porque nuestro espíritu no es como cera puramente receptiva, donde

la experiencia y la sensación inscriben su absoluta y caprichosa voluntad, ni un simple nombre abstracto para las series o grupos de estados mentales, sino un **órgano activo** que comanda, moldea y coordina las sensaciones en ideas, que transforma la multiplicidad caótica de la experiencia en la **unidad ordenada del pensamiento**. “Pocos saben cómo lo hace”; pero lo hace. Este es un problema que trasciende la experiencia de los sentidos.

Es indispensable, afirma Kant, poseer cultura suficiente **para saber razonar, y razonar sin prejuicio**; porque las sensaciones que se hallan comprometidas con el mito y otros prejuicios, logran en ocasiones llevar a pensar **que la razón no existe; o para suponer otros disparates**. Mientras tanto, $2 + 2$ serán siempre cuatro; pero el “filosofar” no es tan sencillo como el pensamiento matemático.

- III. David Hume (1711–1776), filósofo, historiador y economista escocés de Edimburgo, proclamó que el conocimiento del mundo exterior al hombre sólo puede obtenerse por los sentidos. Creía haber demostrado que no existen el alma ni la ciencia, y que nuestro espíritu no es sino la sucesión y asociación de nuestras ideas. La certeza, eso que nos lleva a aceptar algo como “verdad”, no es sino una probabilidad en peligro de ser desmentida. Por supuesto, el famoso Emmanuel Kant (1724–1804) le replicó, explicando que Hume partió de premisas falsas, porque “el pensamiento no procede de sensaciones separadas, distintas, que no pueden proporcionar nada que tengas el sello de lo necesario, ni series invariables de nociones confiables para siempre. Además, que Hume no podía esperar “ver” el alma, ni siquiera con los ojos que puede tener “el sentido interno”.

El empirismo consiste en la posición mental que adopta el “pensador” que reduce las pruebas del conocimiento a la mera experiencia; esto es, a lo poco que se obtiene con los

sentidos. Kant insiste razonablemente, en que el hombre dispone de dos vías para llegar al conocimiento, que son la “intuición”, que es el canal de la Razón Pura, y el “empirismo”, que es el canal de la Razón Práctica.

La Razón Pura proporciona conocimientos “a priori”, y la Razón Práctica, conocimientos “a posteriori” de la experiencia. Debido a esto, es posible obtener un “conocimiento cuya verdad es cierta antes de toda experiencia”. Según Kant, la “intuición” es el conocimiento que nos pertenece por la naturaleza, inherente a la estructura psíquica de nuestra propia alma, que es un ser cognociente, Las verdades absolutas y necesarias, que obtenemos sólo por la Razón Pura, adquiere su carácter de la propia estructura del espíritu humano, de la manera natural e inevitable como nuestro espíritu debe funcionar.

- IV. La “ilustración” dominaba en la cultura alemana del siglo XVIII. El racionalismo tenía muchos opositores, especialmente Johann Hamann y Federico Jácobi. Se pretendió amenazar el brillo de las luces filosóficas. Luchaban por la supremacía dos tendencias: “La querrela del panteísmo” y “la querrela del ateísmo”. Las figuras predominantes eran Lessing y Fichte. Era una discusión entre la filosofía y las creencias. Comenzaba el siglo XIX, con razón tildado como el siglo de las revoluciones políticas y económicas.

Spinoza había fallecido el 20 de febrero de 1677, víctima, como otros pulidores de lentes, de la silicosis; pero no había sido olvidado y se le relaciona con la “querrela del panteísmo”, sin dejarlo de vincular, también, con la otra, para tildarlo de “ateo”. En una publicación donde aparece su retrato, en 1702 (siglo XVIII), debajo del clisé, se lee: “Benedictus Spinoza, judío ateo”.

Se cree que algunas personas ignoran el texto del Decreto de Excomunió de la Sinagoga, y ésta es la oportunidad de dar-

lo a conocer, para que los lectores del siglo XXI tenga la oportunidad de conocer todo el odio y la sed de venganza de quienes entonces deseaban la muerte del filósofo. Dice, con todas sus letras, lo siguiente:

“Por la decisión de los ángeles y el juicio de los santos, excomulgamos y maldecimos a Baruch Spinoza, con la aprobación del santo Dios y de toda esta comunidad... con la excomunión con que Josué excomulgó a Jericó, con la maldición con que Eliseo maldijo a sus hijos y con todas las execraciones de la Ley. Maldito sea de noche, maldito sea cuando se acueste y maldito sea cuando se levante...Que el Señor no lo perdone...El Señor barrerá su nombre bajo los cielos y lo expulsará de todas las tribus de Israel, abandonándolo al Maligno con todas las maldiciones del cielo...Ordenamos que nadie mantenga con él comunicación oral, o escrita, que nadie le preste ningún favor, que nadie permanezca con él bajo un mismo techo o a menos de cuatro yardas, que nadie lea nada escrito o transcrito por él...”.

Algunos amigos de Baruch Spinoza cambiaron. Con razón se dice que la amistad se prueba en la adversidad. Leibniz trató de que Spinoza lo recibiera; pero, no lo consiguió. Sin embargo, posteriormente, Leibniz negó, dicen, haberlo visitado alguna vez. El filósofo Lessing resultó perjudicado cuando se supo que defendía la filosofía de Spinoza.

El presente artículo no tiene la finalidad de defender o justificar a Spinoza. Eso lo han hecho otros autores; pero los lectores se preguntarán por el origen de tanto odio derramado sobre un judío de aquella Sinagoga, contra quien clamaron tanto desprecio.

Con sus escritos filosóficos, Spinoza hizo saber que dejaba de creer en muchas cosas, especialmente en los mitos que los Evangelios relatan como momentos históricos del pueblo hebreo; tenía ahora conocimientos que no le permitían continuar aceptando que el mismo Ser Supremo había contratado

con Moisés, admitiendo que el pueblo hebreo era su pueblo preferido, y que los profetas habían sido sus intermediarios; que el Ser Supremo es invisible e infinito, un “dios” exclusivo para su pueblo preferido. Pero, admitir todo eso era haber perdido la “fe” y ponerse fuera de la Sinagoga. Spinoza, al dar a conocer su filosofía, no podía esperar otra cosa. Sabía que provocaba eso que ahora ocurría, y ello sólo, da una idea de su convicción. Spinoza había roto con las religiones judeo-cristianas. Y esto ocurrió en el siglo XVII, cuando era enorme el poder eclesiástico, y todo ocurría en el siglo donde se produjo posteriormente la revolución científica.

Spinoza dejó de creer en los evangelios y se apartaba de la doctrina iniciada por los profetas hebreos, convencido de no poder más silenciar que ya no creía en un Ser Supremo como lo explican los hebreos y lo aprendieron a enseñar los católicos y los reformistas.

- V. La investigación permite saber que varios siglos antes de que los hebreos recogieran por escrito el relato de los evangelios, en uno de los textos mesopotámicos que inspiró el Génesis y otros mitos bíblicos, la Epopeya de la Creación (Enuma Elish), escrita en lengua “acardia” hacia el año 1750 a.C., ya figuraba el concepto de Origen, según el cual **nada puede existir hasta que recibe un nombre**. Esta formulación religiosa aparece documentada por primera vez en mitos del III y II milenios A.C., asociada a grandes deidades que, **gracias al poder de la palabra** – inim – pudieron ejercer su capacidad creadora. De la religión sumeria, este concepto pasó a otras muchas, incluyendo la judeocristiana.

Para los teólogos de Menfis (Egipto), en tiempos del Imperio Nuevo (entre 1553 a 1069 a.C.) se rediseñó la imagen del antiguo Dios Creador Ptah aduciendo, entre otras cosas, que su lengua creaba todo aquello que su corazón (sic) había pensado.

La descripción que de la “Creación” hace el Génesis, por ejemplo, es equivalente en sus concepciones básicas, a la resultante de las cavilaciones que se hace un niño de dos años cuando se interroga por su origen.

Todo esto puede ayudarnos a comprender la senda psicológica que probablemente anduvo el ser humano hasta llegar al concepto de Dios: algo inconmensurable que sólo podía imaginarse “presente”, pues se necesitó tiempo para que la mente concibiese algo que fuese producto de un proceso, comenzando por el pasado, llegando al presente, camino del futuro.

La idea de un “prediós”, comenzó a estar ligada a diferentes atributos (agua, luz, oscuridad, sol, luna, etc.)... y en general se fue enriqueciendo con una mejor abstracción...hasta interpretarlo como algo “reproductor”, imprescindible, eterno.

- VI. Cuando el hombre se niega a respetar lo que otros creen y no puede explicar racionalmente, ni dar motivo a repreguntas, y el individuo, invocando su libertad como pensador y su derecho a preferir el laicismo, se siente capaz de alcanzar a vivir como racional, sin alguna idea a meterse en la fascinante aventura de buscar sin tregua donde quedó la verdad.

La aventura es un recorrido por numerosas lecturas, escritas con la convicción del teólogo, la persistencias del arqueólogo, la erudición del filósofo, la conformidad del divertido que reduce todo al interés de su clase social, o al aprovechamiento de quien ha ganado mucho dinero con el tema, actuado como escritor o misionero.

Hace unos 300 siglos, Dios no existía; pero el hombre llevaba más de dos millones de años solo en la Tierra y su destino, indiferente al Universo. Pero, 900 siglos antes, buena parte de la humanidad empezaba a abrigar la esperanza de sobrevivir a la muerte. Para contar con esa posibilidad, necesitaba la **necesidad de un ser que nadie había visto**; pero que

era, en todo caso, muy sabio y poderoso, creador e todo, macho y hembra; pero existente, digno de ser amado y temido.

Por lejos y difícil que resultase intentar el “conocimiento” de tal idea o de tal “poder”, o ese Ser que debía ser Verdad, aunque nadie pudiese verlo; esté arriba o abajo; pero el sólo deseo de conocerlo o la voluntad de aceptarlo o negarlo, todo lo que se hiciese sería reconocerlo. Hasta negarlo es una consecuencia de su propia existencia. No importa si sólo es uno o son varios los dioses.

Lo han estudiado muchos teólogos. Quien más lo ha hecho, se dice, fue Santo Tomás de Aquino. Afirma en su obra *Summa contra Gentiles*, “Dios está muy por encima de todo lo que el hombre pueda pensar de Dios”. Después de esto, queda un vacío desolador.

Nada tan lejano, que la ciencia no pueda investigar; por eso ha reunido conocimientos y datos que sobrepasan en mucho cuanto atesora Santo Tomás de Aquino.

VII. Pero, la ciencia no niega la religión. Sólo que la religión no es ciencia, y tiene un objetivo diferente.

Débase al científico francés Emilio Durkheim (1858–1919), la siguiente explicación, dada en 1912.

“Se dice que la ciencia niega por principio la religión. Pero la religión existe, es un sistema de datos, en una palabra, es una realidad. ¿Cómo podría la ciencia negar una realidad? Además; en tanto que la religión es acción, en tanto que es un medio para hacer que los hombres vivan, la ciencia no puede sustituirla; pues si bien expresa la vida, no la crea; puede, sin duda, dar una explicación de la fe; pero esa misma razón la da por supuesta. No hay, pues, conflicto más que en un punto determinante. De las dos funciones que cumplía en un principio la religión, hay una, pero una sola, que cada vez tiende más a emanciparse de ella: se trata de la función especulativa”.

“Lo que la ciencia critica a la religión no es su derecho a existir, sino el derecho a dogmatizar sobre la naturaleza de las cosas, la especie de competencia especial que se atribuía en relación al conocimiento del hombre y del mundo. De hecho, ni siquiera se conoce a sí misma. No sabe de qué está hecha ni a qué necesidades responde”.

Alfred Weber, en su obra **Historia de la Cultura**, nos ofrece con su autoridad didáctica y fina erudición, el relato del origen de la cultura israelita que la Sinagoga de Ámsterdam halló seriamente amenazada por la libertad intelectual de Baruch Spinoza.

Precedentes de diversas regiones, especialmente de Egipto, Siria, Arabia, pueblos nómadas criadores de camellos, cabras y ovejas, hace varios siglos llegaron a la tierra de Canaán con su culto dedicado al dios Baal. Tiempo más tarde, los hebreos que siguieron a Moisés en el Éxodo, llegaron buscando la “tierra prometida” por un “dios” que surgió según la leyenda, “del fuego del zarzal” y había ofrecido a los “judíos” amarlos como al “pueblo preferido”, exigiéndoles obediencia, mientras los amenazaba con abandonarlos y elegir otro pueblo.

Ante oferta tan tentadora, los beduinos abandonaron su tradición y se hicieron sedentarios, y así obtuvieron una tierra que les ofrecía “leche y miel”. Así se constituyó el pueblo de Israel, que había contratado sometimiento y obediencia al dios creador del mundo, todopoderoso, que reemplazó a Baal y concedió a los israelitas las “Tablas de la Ley” que él mismo había esculpido. Era un dios invisible, violento, autor de todo, dueño de todo y que los beneficiarios hebreos adoran con obediencia. Los judíos recibieron enseñanzas de Egipto, Mesopotamia, Siria, etc. Los antiguos beduinos llegaron a construir la cultura de Judá.

La sociedad cananea prescindió de la primitiva forma religiosa y absorbió dentro de su atmósfera esa otra forma de creencia popular, como había absorbido antes las otras.

La dominación babilónica impuesta a los israelitas durante varios siglos, con la prohibición de practicar su religión, parece ser la causa principal para que los hebreos olvidaran el nombre de Javéth, y al salir del cautiverio, empezaron a usar como nuevo nombre el de “Jehová”, que significa “el que fue, el que es y el que será”. Supusieron los eclesiásticos judíos, que su dios se hubiese refugiado detrás de Kadesch, en el Sinaí, solitario, dispuesto para la “akianza” en el momento oportuno. No era representado con imágenes; no tenía mitología, era invisible; pero podía estar allí resguardado por dos “Querubines” (espíritus), cerca del Arca de la Alianza, sobre el Monte Efraím, en Silo, al oeste del río Jordán. En el campo había santuarios, donde ese dios era Adea, representado bajo la figura de un toro, como un “becerro de oro”. Había dioses de Mesopotamia, de Fenicia y de Sin. En el culto, eran usuales los oráculos proféticos.

El antropólogo español Pepe Rodríguez, en su libro intitulado **Dios nació mujer** (1999:16) analiza el caso de la excomunión de Spinoza y considera que a éste no le falta razón al escribir, que el finalismo o teologismo “es un prejuicio desastroso, que nace de la ignorancia natural de los hombres y al mismo tiempo de una actitud utilitarista (...) a la vana, aunque tranquilizadora ilusión de que todo está hecho para el hombre, se añade la mentalidad antropomórfica corriente, la cual, interpretándolo todo desde el modelo artesanal, impide el conocimiento de la necesidad absoluta, induciendo así la superstición del Dios personal, libre y creador”.

En la religión hebrea, los profetas son personajes parecidos o quizás iguales a los mediums que estudia y utiliza la Parasiología, o en Venezuela han creado el “culto a María la de la

Onza”, que funciona en la montaña de Sorte, Estado Yara-cuy.

El primer gran profeta purificador de la religión de Jehová fue Elías, quien anunció el “desastre”, que trató de salvar a Samaria y al Norte, de la influencia corruptora de los fenicios.

A Elías le siguió en importancia el profeta Amós, que dejó un testimonio escrito, de su inspiración: Los males nacían de que el pueblo se había apartado de los deberes jurídicos impuestos por la Alianza con Jehová, fijados en las antiguas “Tablas”.

Después, en el Deutero del segundo Isaías, fue un paso hacia la universalización de la significación religiosa de Jehová, que resultó la acción universal del Judaísmo. Lo que los profetas imaginaron como un reino de paz, ahora cambiaba como un reino para toda la Tierra (?). Nació así una nueva tiranía, un encabullamiento ritual y una encapsulación para formar una unidad universal del judaísmo... Podrían Nehemías y el Sacerdote Esdras exigir de nuevo la autoridad del Templo de Salomón en Jerusalemn (458.445 a.C.).

Contra toda esta maquinaria se opuso la filosofías de Spinoza. Por eso, el aparato sacerdotal hebreo no dudó ni un instante en destruir al filósofo Barucho Spinoza.

VIII. El filósofo Spinoza no dudó ni un instante en mantener su convencimiento de que tenía derecho a disentir. No temió a la excomunión. Sabía que no eran muchos los solidarios con sus ideas. No se equivocó. Y Spinoza vivió hasta el 20 de febrero de 1677. Han pasado 385 años.

La enorme mayoría de los humanos continúan contentándose con la explicación dogmática. Ni siquiera la gente que lee, ni muchos que se vanaglorian de ser científicos, se atreven a detenerse a examinar los dogmas.

El Ser Supremo es un ente que todos necesitamos. No lo podemos ignorar. Muchos no quieren hacerlo motivo de preocupación; pero muchos carecen de los conocimientos que motivan o producen esta inquietud, o carecen, por causa de sus negocios, del tiempo que podría ser necesario para realizar “la aventura” de investigar cuál es la verdad. Todo cuanto exige cualquier religión, es “Creer”. Eso hace la gente. Todo lo demás es problemático, excepto para Baruch y quienes, como él, se convenzan de que no hacemos bien en obedecer a los tiranos.

Baruch Spinoza no negó la existencia de un Ser Supremo. Lo acató; pero afirmó que está formado por la sustancia que lo compone todo, por eso no es invisible. El clero hebreo de la Sinagogas lo necesitó invisible, y el clero hebreo necesitó demostrar quienes sostenían su poder, que el desobediente paga su osadía. Al claro no quedó otra alternativa que excomulgarlo, maldecirlo, condenarlo.

Ninguna religión sabe a qué necesidad responde; pero todas saben que son estudiadas por las ciencias.

El Ser Supremo no es un contenido, ni un continente. Por eso no se le puede definir. La Filosofía lo piensa como una energía biogenética, origen de la vida en todas sus formas. Hay que compartir con Camilo Flammarión su expresión: “Dios es un Ser que no puede ser entregado en bandeja”. En el siglo XVII, cuando sucedió lo que aquí hemos explicado, nadie habría comprendido a J.M. Serrat cuando expresó: “Nunca es triste la verdad. Lo que no tiene es remedio”.